

**Hugo Neira / EN TORNO
A OCTAVIO PAZ**

Hugo Neira / EN TORNO A OCTAVIO PAZ*

HACE unos veinte años llegó hasta mis manos este ensayo formidable. Sus páginas tuvieron el efecto de una descarga de electricidad, una llamarada de lucidez y profecía, de la que sin duda tardo en reponerme. Prueba de lo cual es esta charla entre amigos, esta lectura en común en torno al *Laberinto de la Soledad* y con aquello que en la obra posterior de Octavio Paz, se enlaza a esa meditación fundadora: hallazgo de las expresiones vitales de la vida mexicana, lectura transversal de una historia, ejercicio de estilo brillante, intuitivo, suerte de cópula entre filosofía y antropología, panfleto y oración profética, racionalidad y mito, entre el hallazgo y el enigma, la memoria y el olvido. Compartía tal suma de estímulos con un historiador de oficio, a su vez gran escritor y profesor universitario, quien ante el talento literario de Octavio Paz decía: "tiene don de estilo y propósito de fórmulas". Aquél compañero de lecturas era el maestro Raúl Porras y aquel ensayo nutrido de historia nos atraía quizá porque no era la historia misma sino que la trascendía. En efecto, en el discurso bien trabado y argumentado del mexicano surgen las presencias históricas de emplumados guerreros aztecas y conquistadores españoles, la Malinche y Cortés, el *Macho* y la *Dama Idolo* y los ritos de vida y los ritos de muerte, enfrentándose y complementándose en un juego de dobles y correspondencias. La prosa de Octavio Paz en

el *Laberinto de la Soledad* sigue el proceso de esas transformaciones, a las que la antropología de Levi Strauss atendería metodológicamente. Introducía dramáticamente el escritor Paz, en el escenario convencional de la historiografía, otra concepción del tiempo histórico, hecho éste de renovaciones y catástrofes, de interrupciones y de comienzos, tiempo circular y mítico, próximo al *eschatón* de los griegos, a la doctrina de los estadios sucesivos del mundo de los monjes budistas, al universo de los cinco soles de los antiguos reyes-sacerdotes aztecas y lejos, por lo tanto, de una concepción lineal y monocorde del suceder histórico heredada de la visión occidental de la historia, profundamente provinciana y que pasa por universal. Lo cierto es que hubiéramos querido el anciano profesor y el joven estudiante de esos días, una reflexión como la de Octavio Paz para la vida peruana. No había ni hubo para nosotros sinopsis tan brillante. Por eso, un punto de admiración y casi de secreto celo nutre sin duda la presente relectura.

Años después, cabe preguntarse y a modo de introducción introspectiva ¿qué pudo haber originado esencialmente mi sorpresa de entonces? Creo que en el registro de mis emociones, y, al margen de la excepcional calidad literaria de esos ensayos y la espectacularidad vertiginosa de esos enjuiciamientos, un aspecto, adolescente peruano al fin y al cabo, sobresalía y esta era cierta impresión de familiaridad histórica. Me hallaba ante algo más que el prestigio evidente de los comunes orígenes de una

* Texto de la conferencia realizada por el autor en la librería Studium en el mes de octubre del presente año.

historia, lo sabemos todos, que en México y Perú provienen obviamente del fondo del pasado precolombino y del trauma de la conquista, y de la situación colonial, de la oposición conflictual ambigua del indígena con lo español y de la historia republicana y contemporánea.

No era posible, sin embargo, ignorar que parecerse no es semejar y que, por nuestra parte, no hubo en la historia del Perú unos episodios nacionales que decisivamente marcaron y construyeron el actual país mexicano, episodios que nosotros desconocemos. En efecto no ha habido aquí, en Perú, ni Imperio de Iturbide, ni Reforma como la de Juárez, ni guerra contra los franceses de Maximiliano, ni larga dictadura civil a fines del XIX como la de Porfirio Díaz, ni menos revolución agraria como la de Zapata y la de Villa, revuelta que por decirlo con palabras de Paz es la "del pueblo pobre en armas" con la que amanecería México al Siglo XX, al incendio necesario que casi expanden para los Andes los cañeros trujillanos apristas de 1932 y los arrendires del Valle de la Convención en 1958. Y si seguimos por estos itinerarios de simpatías y diferencias, de una historia comparada, que ustedes no han venido a escuchar aunque sea tal vez un buen ejercicio para vencer el provincialismo y el fragmentarismo de nuestra historia oficial, habría que decir, no obstante, y a grandes brochazos que por una parte la sociedad inca y la confederación azteca tuvieron tanto de diferentes como de común en la concepción de Estado y en sus modos de producción y por otra parte, que el período colonial discurre por un imperativo geográfico que hace de la Nueva España un Reino provincial abierto al Golfo, a los dos océanos, a la América Central, mientras el Reino del Perú, aislado por los Andes y el desierto marítimo del Pacífico, crecerá separadamente del mundo. Y en fin, que la historia de nuestro Siglo XX es la del fallido intento aprista de los años 30 y Velasquista de los años 70, y a diferencia de México, de la frustración del Estado nacional, el Perú es dramáticamente el revés de la trama de la historia mexicana del Siglo XX.

El *Laberinto de la Soledad* es, pues, para un lector peruano, la exhibición de una historia similar pero distinta. A este juego de espejos es ahora a lo que les invito.

La aproximación más simple de este libro al que vamos a examinar es que se trata de un ensayo, pero un ensayo difícil de clasificar: se aproxima simultáneamente a la meditación filosófica, la interpretación histórica y la psicología social. Obra exitosa publicada en 1950, reeditada múltiples veces —1963, 64, 67, 68, 69, 70, 72, 73, 76—, la edición inicial fue la del *Fondo de Cultura Económica* sin la cual los lectores latinoamericanos en las últimas décadas no hubiésemos conocido ni a Hartmann, Dilthey, Husserl y Heidegger. Obra hoy con múltiples traducciones. Al escribirla Octavio Paz tenía 36 años. Aparece como la obra de un poeta y de hecho lo es. El siguiente de sus libros es uno de poemas *La estación Violeta* donde sobresale además de *Himno entre Ruinas*, *Máscaras de alba* y el excepcional *Piedra del sol*; poética personal, histórica y esotérica, "el más intenso poema de amor escrito en América Latina", según Julio Cortázar y para el cual comparto el entusiasmo del crítico mexicano José Emilio Pacheco, que dice tener tres ejemplares de *Piedra del Sol* de Octavio Paz. Uno para guardarlo en casa, otro para lectura con amigos y discípulos, y un tercero para llevarlo en el pecho cuando emprenda el largo viaje en el que todos habremos de partir.

El *Laberinto de la Soledad*, cuyo índice conviene recordar: (I *El pachuco* y otros extremos, II *Máscaras mexicanas*, III *Todos santos, día de muertos*, IV *Los hijos de Malinche*, V *Conquista y colonia*, VI *De la Independencia y la Revolución*, VII *La "inteligencia" mexicana* y VIII *Nuestros días*) tiene tanto de especulación psicológica como de investigación histórica. Ambos métodos son quizá indistinguibles. A veces Paz se aproxima a la búsqueda de lo que se llamó en un tiempo "el genio de los pueblos" (Pág. 9) y supone que "hay períodos que son favorables para la introspección nacional". Su prosa es la de la historia

como problema, como conciencia interrogante, como revelación. Las comparaciones entre las etapas de desarrollo de un pueblo y las edades de la vida a las que acude, lo acercan a los moralistas clásicos. Este carácter de moralista es aceptado por el propio Paz (*Conversación con Claude Fell*, Revista *Caravelle* Nº 25, 1975).

Para escribir el *Laberinto* era preciso una reflexión "sobre el carácter de los mexicanos" que ciertamente le precede: los esfuerzos de Samuel Ramos, bajo la influencia del psicólogo Adler en torno al *machismo*, preparan el advenimiento de la meditación de Paz. Otras influencias fácilmente reconocibles: la del filósofo español Gaos, la de O'Gorman y sus estudios sobre la historia de la idea del descubrimiento de América, la de Leopoldo Zea sobre el positivismo, la del Grupo *Hiperion* que introdujeron a Sartre y Merleau Ponty. El clima de ideas de entonces lo da al ensayo de Portilla sobre el *relajo*. "En cuanto a mí —dice Paz— no quise hacer un libro de crítica social, política o psicológica, sino una descripción de ciertas actitudes por una parte y por la otra un ensayo de interpretación histórica. Su tesis central será "la de un México enterrado pero vivo". Noción próxima a la del estructuralismo contemporáneo: la sociedad como un sistema de signos, y el escritor como un descodificador; hay en los mexicanos, hombres y mujeres un universo de imágenes de deseos e impulsos sepultados, un mundo de represiones, inhibiciones, recuerdos y sueños. Paz mismo dice también haberse impresionado mucho por sus lecturas de Freud, "en particular con el estudio sobre el monoteísmo judaico". Hay que citar el marxismo en su formación personal, y las lecturas de Callois, un poco más tarde, Bataille, y del maestro de ambos, Mauss, y la incorporación de nociones como "la fiesta, el don, el tiempo sagrado y el tiempo profano". Y por último, del español Ortega y los antropólogos americanos y la tradición poética de William Blake. Con este instrumental (*Carta a Thomas Mermall*, escrita en Austin, Texas, el 24 de setiembre de 1969), Paz partirá a una

inquisición gozosa sobre el mundo mexicano leyendo en las plegarias, en los sabores y en las malas palabras, los fenómenos de repetición y de ruptura, de tradición y desaparición, sobrepasando el relato histórico hasta enlazarlo con el aliento poético de un yo excepcional.

El mundo en el que nació el "*Laberinto de la Soledad*" ha quedado atrás: años cincuenta, agotamiento del período revolucionario de la revolución mexicana, institucionalización del partido dominante de su país, guerra fría, aparición de la temática entonces llamada de países ricos y pobres. En cambio la obra y el signo personal de Octavio Paz ha crecido desde esa fecha a nuestros días. Hace poco Carlos Fuentes acaba de llamarle "*Hijo de México, Hermano de América Latina, Hijastro de España, Hijo Adoptivo de Francia, Inglaterra e Italia, Huésped Familiar y Afectivo de Japón y la India, Bastardo (que hoy lo somos todos) de los Estados Unidos*, Paz ha abierto a todos, los contactos de la civilización, pertenece a ese reducido grupo de figuras (algunos españoles: Unamuno, Buñuel, Goytizolo) que nos aseguran que los ghets de la cultura castellana no son eternos" (Carlos Fuentes, en el *Tiempo de Octavio Paz*). Por eso toda lectura de la obra posterior, *Pos data Corriente Alterna*, *Los Signos en Rotación*, y el *Ogro Filantrópico*, es la de quien se atreve y en artículos periodísticos, conferencias y declaraciones al análisis y crítica de la evolución cultural histórica de Occidente. No lo habita sólo la razón americana. No sólo una universalidad que se ejerce desde una sensibilidad periférica, desde un prosista mexicano que conoce a los románticos alemanes y ha vivido en el Medio Oriente. El *Laberinto de la Soledad* es obra además, sobre los hombres mexicanos y sobre todos los hombres: ciertos temas de preocupación en Paz, como por ejemplo la hipótesis del amor "como experiencia inaccesible en nuestro mundo donde se opone a él la moral, clases, leyes, razón y los mismos enamorados", debe tanto a los poetas románticos y a los surrealistas y particularmente al Breton del "amor loco". La mujer ha sido

siempre para el hombre como lo otro, el contrario y su complemento (Pág. 177). Un tema que no sólo sobrepasa el marco concreto de la sociedad mexicana sino que sobrepasa nuestra propia temporalidad histórica. Una pregunta sin respuesta no es un límite de un tiempo, sino el de una civilización.

Para una lectura personal del *Laberinto*, propongo algún orden de análisis, sin duda artificial, arbitrario, como todo orden. Este es mi itinerario, hay otros posibles. Los temas de la soledad, por una parte y los del laberinto por la otra. Los hombres y la historia y las historias posibles.

Teoría del mexicano "un ser que se preserva y se encierra" (Pág. 26) "Viejo, adolescente, criollo, mestizo, general, obrero licenciado el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino. Una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad". Teoría pues de las máscaras, "que luego se arrojan en un día de fiesta y de duelo" (Pág. 173). Teoría de la investigación histórica como proceso de develación: el mexicano es el hombre cuyo comportamiento se encierra en los siguientes signos: hermetismo, disimulo, preferencia por la forma. Hermetismo: el recurso denota recelo y desconfianza. Muestra instintiva de la peligrosidad, del medio de la dureza y hostilidad del ambiente, ideal de la hombría que consiste en no rajarse nunca "los que se abren son cobardes". Pero "en nosotros contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición". "El mexicano puede doblarse, humillarse, agacharse, pero no rajarse, esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad". Paz recurre al lenguaje popular para indagar sobre las consecuencias de la renuncia a la soledad: "El que se confía, se enajena. Me

he vendido con fulana, decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece". "Quizá el disimulo necio entró en la colonia". "Indios y mestizos tenían como el poema de reyes el cantar quedo, pues entre datos mil se oyen palabras de rebelión. El mundo colonial ha desaparecido pero no el temor, la desconfianza, el recelo y ahora no solamente disimulamos nuestra cólera sino nuestra ternura". "Cuando pide disculpas la gente del campo suele decir: disimule Ud. señor, y disimulamos. Nos disimulamos con tal ahinco que casi no existimos" (Pág. 31).

Si esto es así, "si resulta cierto la preminencia de la cerrada ante lo abierto" (Pág. 28), entonces, la consecuencia no sólo serán comportamientos de imposibilidad y desconfianza, de ironía y de recelo, sino que como lo confirma Paz (la Pág. 28), habrá un amor a la forma con consecuencias políticas, estéticas y sociales. "La doble influencia indígena y española se conjugan en nuestra predilección por la armonía de fórmulas y del orden. El mexicano, contra lo que supone la superficial interpretación de nuestra historia, espera crear un mundo ordenado conforme a principios claros. Y añade: La agitación y encono de nuestras luchas políticas prueban hasta qué punto las nociones jurídicas juegan un papel importante en nuestra vida pública. En otro orden de cosas, la preferencia por la forma se revela, además del formulismo de las instituciones políticas, en el amor por el soneto y la décima, en la pobreza del romanticismo, en la experiencia del barroco. En la obra de Juan Ruiz de Alarcón encontrará Octavio Paz las características de lo antiespañol: "Lope exalta el amor, lo heroico, lo sobrehumano y lo increíble". "Alarcón opone a estas virtudes desmesuradas, otras más sutiles: la dignidad, la cortesía, un estoicismo melancólico, un pudor sonriente". Pero Alarcón no resuelve sus conflictos sino que se recubre de una máscara.

La cortesía es la cerca de órganos y cactus que separan el campo a los jales de los campesinos. Y por eso la virtud que más estimamos en las mujeres

es el recato, como en los hombres la reserva" (Pág. 31). Páginas admirables de Paz sobre la mujer como instrumento de la vanidad masculina, depositaria de ciertos valores. Prosa que se anticipa a las feministas contemporáneas: "prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite y conserva, pero no crea, los valores y energías que le confía la naturaleza y la sociedad". "La feminidad nunca es un fin en sí misma como la hombría". "Para los mexicanos, la mujer es un ser obscuro, secreto y pasivo. No se le atribuyen malos instintos, se pretende que ni siquiera los tiene" (Pág. 32). "Ser ella misma dueña de su deseo, su posición o su capricho, es ser infiel a sí misma" (Pág. 33). "Es curioso advertir que la imagen de una mala mujer casi siempre se presenta acompañada de la idea de actividad. A la inversa de "la abnegada madre" de "la novia que espera" y del ídolo hermético, seres estáticos, la "mala" va y viene, busca a los hombres, los abandona". "La mala" es dura, impía, independiente como el macho. Por caminos distintos ella también trasciende su fisiología y se cierra al mundo. (Pág. 15).

No hay escapatoria: hermetismo, simulación, machismo, Paz confía que la soledad puede trascenderse: soledad que no es una pena porque sentirse solo no es sentirse inferior sino distinto. Porque de verdad estamos solos: en la melancolía y en el júbilo, en el silencio y el alarido, en el crimen gratuito y en el fervor religioso. Pero si todos los hombres están solos, la soledad del mexicano (Pág. 18) "bajo la gran noche de piedra de la alta planicie poblada todavía de dioses insaciables" es diversa de la de otros hombres. La soledad conduce pues al tema de la historia. Historia de México "que es la del hombre que busca su filiación, su origen" (Pág. 18). Soledad que es pecado. Pecado que no es sino la expresión de la conciencia de nuestra propia soledad. Hasta que ésta mítica, asume y destruye en la atmósfera propicia a lo extraordinario: "recuerdo que en España durante la guerra, tuve la relación de otro tipo hombre y de otra clase de soledad, no cerrada ni

maquinal, sino abierta a la trascendencia, la que se la encuentra en "la cercanía de la muerte y en la fraternidad de las armas" (conversación con Claude Fell)".

En resumen, Paz se interesará por todo lo que sobrepase a la condición humana: guerra, fiesta, muerte, erotismo, puesto que en cada hombre late una posibilidad de ser el otro: y ha abierto las páginas del "Laberinto", con una cita de Antonio Machado sobre "La incurable otredad".

En los temas de la muerte y la fiesta, la prosa de Paz excelsa. La preocupación por lo sacro y lo profano lo ha llevado directamente a la muerte. Muerte social, ritual, colectiva. También en este ensayo guarda un carácter de anticipación: no eran frecuentes las reflexiones sobre los rituales funerarios a través del mundo en el momento en que Paz escribe: "Todos Santos, día de Muertos" (Cap. III Pág. 42 a 59). En efecto, todas las culturas humanas se enfrentan al tema de la muerte y en todas parece haber ceremonias de duelo y de alivio de los vivientes ante la doble confrontación del muerto y la muerte. Sepulturas transitorias o definitivas, diversos accesos del alma al país de los muertos, purificación de los vivientes, la angustia de la muerte y lo que Marcel Mauss llama "la expresión obligatoria de los sentimientos" es variada y universal. Cantos, ruegos, máscaras funerarias, y asilos temporales para el que ha fallecido: ataúdes en tierra, y en el agua y a pleno aire. También son frecuentes la destrucción de bienes del difunto y banquetes para exorcisar a los muertos terribles. Los Milanésicos ante los espíritus que claman venganza no osan ni rememorar el nombre de los que han partido. Muertos que permanecen entre los vivos: los bretones un día señalado del año les espera con la mesa servida mientras el iraní prefiere el duelo compartido con los hijos y el pueblo mexicano recibe a sus muertos entre fanfarrias.

Pueblo vital entre los más vitales. En San Luis de Potosí, por ejemplo, la Fiesta de los Muertos es celebrada con ofrendas y en la danza del tamal. Las

almas de los difuntos están hambrientas y desprovistas de lo necesario y hay distribución de alimentos, bebidas y cigarrillos en las floridas tumbas mexicanas. ¿A quién puede extrañar, pues, que Paz afirme que la contemplación del horror y más aún la familiaridad, la complacencia del trato con la muerte constituye —contrariamente al norteamericano— “que no quiere ni escuchar hablar de ellas”— uno de los rasgos más notables del carácter mexicano. País de cristos ensangrentados, velorios de panecillos y dulces que fingen ser huesos y calaveras y que son comidos por todo el mundo, puntualmente, cada dos de noviembre. México de serenatas en las tumbas con arpas, violines, flautas y guitarras, de fogatas para calentar a los muertos, en armonía con sus raíces ibéricas, mayas y aztecas. Para Paz la actitud del mexicano ante la muerte consiste en tres rasgos dominantes: aceptación y reconocimiento de la realidad de la muerte como en ese lujo sombrío de ofrendas alimenticias y florales a las que hemos hecho mención hace unos instantes. Porque lo menos que se puede decir de una sociedad donde se recuerda la muerte en forma de dulces y se le festeja más que ninguna otra fecha del año es que se dé cara, individual y colectivamente a la Gran Dama y a la Gran señora. Más allá de esta metafísica vital y que trasciende la simple anécdota macabra, Octavio Paz halla un segundo rasgo dominante: la indiferencia del mexicano ante la muerte. Primero, pues, intimidad, luego distancia. “Para el habitante de New York, París o Londres, la muerte es la palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuente, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente”. Y añade: “La indiferencia del Mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida” (Pág. 52). Ante una como ante la otra “nos alzamos de hombros y nos imponemos silencio y una sonrisa desdeñosa”. Culto a la muerte que no está reñida con su desprecio. Presencia de la muerte que no logra arrancar de la soledad a ese hombre cerrado al mundo; “la adula, la festeja, la cultiva,

se abraza a ella definitivamente y para siempre, pero no se entrega. Todo está lejos del Mexicano. Todo le es extraño y en primer término, la muerte la extraña por excelencia”. ¿Cuál es el gran reproche a los tratos entre sociedad y muerte mexicana? En que ésta es estéril y no engendra trascendencia como en la muerte de aztecas y cristianos. Tal vez lo que espera Paz es el ingreso de lo sacro en la vida cotidiana. Y por la vía de la muerte o de la fiesta, la victoria sobre la angustia y la soledad y el laberinto de la historia, en el encuentro con el otro, de los hombres con los hombres, en la solidaridad. Pero sólo se encuentra quien se pierde, vieja sentencia cristiana. El reproche al hombre mexicano es el de su incapacidad de trascendencia, de entrega, de lo que Paz llama comunión: trascendencia del yo hasta perderse en la colectividad.

Pero es en la fiesta —y casi también en el erotismo y en la historia violenta— donde el hombre mexicano va a trascender su soledad. Paz comienza por constatar una práctica colectiva: “El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo, y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual. Y esta tendencia beneficia a nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la Fiesta, envilecida en casi todas partes se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros, sus danzas, ceremonias, juegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de los frutos, dulces y objetos que se venden esos días en plazas y mercados” (Pág. 43). Calendario —dice Paz— “poblado de fiestas” de un país entero, que “reza, grita, come, se emborracha y mata en honor a la Virgen de Guadalupe o del General Zaragoza. Fiestas irrenunciabiles: “nuestra pobreza puede medirse por el número y suntuosidad de las fiestas po-

pulares, los países ricos tienen pocas: no hay tiempo ni humor y no son necesarias. Las gentes tienen otras cosas que hacer y cuando se divierten lo hacen en grupos pequeños. Las masas modernas son aglomeraciones solitarias... “Pero un hombre mexicano ¿cómo podría vivir sin esas dos o tres fiestas anuales que lo compensan de su estrechez y su miseria? Las Fiestas son nuestro único lujo. Ellas sustituyen, acaso con ventaja, al teatro y las vacaciones, al “week end” y al “cocktail party” de los sajones, a las recepciones de la burguesía y al café de los mediterráneos. (Pág. 43).

“En esas ceremonias —nacionales, locales, gremiales o familiares— el mexicano se abre al exterior. Ellas le dan ocasión de revelarse y dialogar con la divinidad, la patria, los amigos o los parientes. Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola en el aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, suben hasta el cielo, estallan en una explosión verde, roja azul y blanca y cae vertiginosa dejando una secuela de chispas doradas. Esa noche los amigos, que durante meses no pronunciaron más palabras que las escritas por la indispensable cortesía, se emborrachan juntos, se hacen confidencias, lloran las mismas penas, se descubren hermanos y a veces, para probarse, se matan entre sí”.

Fiesta, menos concebida como derroche. Rechaza Octavio Paz la tesis de Roger Caillois del gasto ritual. Mas bien fiesta como advenimiento de lo insólito, como operación cósmica y purificación del grupo social. Como conjunción y caos y libertad original donde se comunican lo santo y lo maldito, el bien y el mal, el día y la noche. Amasijo primordial que tiene tanto de Caos como de Ceremonia, de Liturgia como de Teatro. Años después, he hallado una reflexión teológica sobre las nociones de Fiesta y de Fantasía, en Hervey Cox (1969) en donde se observa la perdida capacidad de Fiesta y Fantasía en el hombre occidental, intimamente vinculada a una disminución de su sentimiento religioso, y el empobrecimiento de la vida en las ac-

tuales sociedades industriales al desaparecer los hábitos de celebración y de imaginación. Han sido los más jóvenes, con la música rock, el teatro callejero hoy de moda en Europa y desde el movimiento hippie de donde ha partido la recuperación del sentido de la Fiesta y una nueva emoción y el retorno de la celebración colectiva en los estertores de una edad moribunda. Desde 1968, Política y Fiesta se abrazan. Y un militanismo con sentido del humor y de lo festivo, viene reemplazando a las viejas izquierdas serias y puritanas, especialmente, en las viejas naciones europeas mediterráneas. Pero el mexicano Paz ya había hecho un elogio de la Fiesta como revuelta, como trasgresión liberadora y experiencia positiva del desorden.

Nociones de Fiesta y Muerte en Octavio Paz ¿cómo ubicarlas? Como manifestaciones de la práctica cultural o como categorías analíticas? En las corrientes de investigación más severas y novedosas de la historiografía contemporánea, repunta la historia cultural. En efecto, se constata una cierta fatiga de la historia serial o económica y las nuevas generaciones de historiadores prefieren seguir las trazas simbólicas de la palabra y la orgía, el carnaval y los ritos funerarios, más próximos a Brueghel y al Bosco que a Michelet. Esta inclinación reciente que se interesa por las prácticas sociales y culturales colectivas donde el hombre europeo también venza la soledad y separación inherentes a la condición humana, me atrevo a afirmar que es parte del esfuerzo de Occidente por encontrar sus propios antídotos. Lo comunitario viene a enfrenar el exceso de individualismo. Las preocupaciones de Octavio Paz son sin duda otras. No nos preceden siglos de destrucción de lo comunitario sino por el contrario una historia poblada de “fantasmas vestigios de épocas pasadas” que se niegan a morir.

Trinidad maldita! Fiesta, Muerte e Historia. Es decir, el “Laberinto”. Conviene recordar el mito original: Teseo vencedor del Minotauro, monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro, encerrado por orden de su padre Minos, Rey

de Creta en un laberinto construido por Dédalo. El sentido del Laberinto ha sido descifrado varias veces por arqueólogos e historiadores: casa del hacha de doble filo, lugar de la caverna, santuario de la serpiente. Posee una especial significación este hecho: el Laberinto de Cnosos debería encontrarse debajo del palacio de Minos, y según el arqueólogo Evans, bajo la forma de una construcción orientada hacia abajo. Otros, la consideran una caverna edificada como reverso del mundo, cobija de la monstruosidad y origen sagrado del hombre según el sentido egipcio. La victoria heroica de Teseo contra el Minotauro —herederos de Freud que somos todos— es el símbolo de la victoria sobre un ser medio animal y medio hombre, el triunfo del conocimiento sobre nuestra parte oscura.

Historia de México, para Paz, laberíntica "las épocas viejas nunca desaparecen", historia de superposiciones y de contradicciones, historia que está siempre presente, acompaña, pesa y determina al mexicano que como todos los hombres está solo, pero lo está de una manera especial, porque en la "gran noche de piedra de la altiplanicie", le acechan "los dioses insaciables". Historia que es intra-historia o historia de lo que está debajo, la oculta. En fin, historia de México que es "la del hombre que busca su filiación y su origen". Hay en esta indagación mucho de religioso, de viaje de iniciación, de búsqueda del Santo Grial, al cual alude. (Pág. 19).

México se ha hecho además de épocas históricas distantes, que han aportado cada una su contribución al ser mexicano: "quizá el dismulo nació en la Colonia" (Pág. 38). He aquí además otra observación muy fina: "las grandes etapas de la historia coinciden con la sustitución de religiones o la crítica de éstas, Aztecas, Colonia, Positivismo en la República, Revolución. Las etapas históricas se prolongan por fantasmas. Observa la transformación de los hechos históricos en mitos: Cuauhtémoc, La Malinche. En suma, más que un metódico historiador, Paz es un pensador sinóptico y brillante. Épocas clásicas bajo una prosa ilumina-

da inspira a investigadores más sistemáticos: "La Conquista de México es un hecho histórico en el que intervienen muchas y diversas circunstancias, pero se olvida con frecuencia la más significativa, el suicidio del pueblo Azteca". Es imposible dejar de establecer la filiación entre Octavio Paz y estudios científicos posteriores, como los del historiador francés Lafaye, sobre la formación de la conciencia nacional de México y el culto a la Virgen de Guadalupe y, por otro lado, con los recientes trabajos de antropólogos sobre el universo simbólico de los antiguos mexicanos.

Conviene en fin, a modo de resumen, señalar algunas notas características del método de Paz en la orientación de sus ensayos y por último de sus ideas políticas y su actual ubicación ideológica como escritor. Se ha dicho que la prosa de Paz es la de una prosa iluminada por la pasión poética (Jorge Rodríguez Padrón). Sin duda uno de los procedimientos frecuentes en el "Laberinto de la Soledad" es el de la simultaneidad instantánea que debe más a la poesía que a la historia. En un solo párrafo comparecen la Malinche, Huitzilopochtli, Cristo, Cortés, Cuauhtémoc. En multiplicidad de tiempos distintos. Más aún: de civilizaciones. Ahora bien, si se examina la prosa de Paz y sus procedimientos, se hallará que todo tiene un doble, una correspondencia. Se diría que el principio de unidad le parece incierto. Que su método es el de la sistemática presencia de la duplicidad. Si esto es así, puede entonces decirse que Octavio Paz, en éste y posteriores ensayos, se consagra a una destrucción complacida de los sistemas y jerarquías epistemológicos de la lógica cartesiana. Prosa de variaciones, inmen-daciones, aspiraciones, expiraciones. Uso de los instantes, los presentes. En su idea de la historia hemos dicho que todo es presente, nada es pasado. El método ofrece ventajas como inconvenientes. Por una parte, se aproxima al análisis estructural. Por otra se desliza a la mitología y se ha señalado por críticos de Paz, que sus argumentos comienzan históricos, pero concluyen en versiones paradigmáticas. Y la empresa que

comienza desmistificadora, consagra una nueva versión mistificadora del hombre y la historia mexicana.

Hay mucho más que decir de Paz, aunque no sea ello posible esta noche, en esta charla. De la irrupción de lo sagrado en la historia. Del uso de las técnicas de retorno a las fuentes. De la tensión escatológica que anima el *Laberinto de la Soledad*. De la concepción de una historia de México hecha de rupturas e interrupciones: hay que recordar la inteligente discusión con Lafaye sobre el carácter histórico de la Nueva España a la que Paz ve distante al mundo Azteca y del México presente y no como continuidad. Paz nos ofrece, siempre, una espléndida ambigüedad. Sus libros reúnen el quehacer filosófico, el ensayo político, sociológico y religioso. A veces parece profundamente mexicano, al narrar la historia como escenario místico-ritual de la renovación y catástrofe periódica del mundo y más cerca de las tradiciones orales indias que de las vertientes cultas del pensamiento del latinoamericano occidentalizado. Otras veces, cerca de los surrealistas, el psicoanálisis y el marxismo. Se atreve, en fin, Octavio Paz, a un análisis histórico y cultural de Occidente, reivindicando, por ejemplo, el principio subversivo del placer, el erotismo, cerca de Bataille y de Nietzsche.

Es el Octavio Paz de *Corriente alterna*, del *Ogro filantrópico* del elogio a *Fourie*. ¿Dónde colocar, pues, a este pensador original? Sus últimos artículos y ensayos lo sitúan en una línea de pensamiento de la desconfianza ante la razón de Estado sea cual fuese el orden que éste defiende: capitalista o comunista, revolucionario o conservador. Su discurso es un discurso ambiguo con una vertiente conservadora, y simultáneamente, una vertiente anarquista y libertaria. De una parte: sus artículos y comentarios sobre los campos de concentración soviéticos, sobre el Gulag, sus ataques a Sartre, sus

reflexiones sobre el caso Padilla. En Paz se puede constatar el crecimiento de unos contenidos conservadores y a la defensiva dentro de un pensamiento inicialmente cercano al trotsquismo y al anarquismo. Pero de otra parte está su prevención contra el monstruo frío del Estado, contra lo que él llama "los proyectos ruinosos que nos han llevado a la desolación que es el mundo moderno", donde no olvidamos, según Paz, "la literatura y el amor son actividades marginales y clandestinas". No es posible olvidar que busca otro proyecto "más humilde y humano", ni su reivindicación de las utopías que "como las de Zapata, vienen de los hombres y no de los libros", su observación que "el planeta se burocratiza". Paz constata la muerte del Proyecto. (Pág. 337).

En el *Ogro filantrópico* se alza contra todas las burocracias celestes y terrestres citando a Trotsky, pero también "la potencia creadora del lenguaje" es decir, a Breton. He aquí, pues, un tema que sale de los límites de esta conferencia y del propio pensamiento de Paz: el tema del socialismo y el de la libertad. En efecto ¿cómo pensar una política cuyo tema referencial básico no sea el poder? ¿Cómo organizar una política de tal modo que la organización no restituya hacia el aparato lo que niega a los ciudadanos? Si a izquierdas y a derechas en el panorama imperial contemporáneo, la política resulta ser el reino del cinismo consumado, negando todo intento de trascendencia —y por lo tanto de ruptura de la Soledad y del *Laberinto de la Historia*— y si al final todo poder es vulgar dominio, quizá se imponga la necesidad de un discurso que no se dirija al Príncipe: Partido, Estado, Iglesia. Un discurso quizá ambiguo pero fundamentalmente indigerible para los intestinos del Ogro Estatal. Un discurso voluntariamente asistemático e incompleto pero difícilmente recuperable, puesto que Nietzsche ha dicho "el hombre laberíntico es el hombre libre por excelencia".